





LAS DOS MUERTES
DE EVARISTO LÓPEZ



Rubén Laguens

LAS DOS MUERTES
DE EVARISTO LÓPEZ



Primera edición: diciembre 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Rubén Laguens

ISBN:978-84-17548-62-9

ISBN digital: 978-84-17548-63-6

Depósito legal: M-32658-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Rubén Luis, Felisa, Cándida y Patricia



PRÓLOGO

La anciana retiró de la biblioteca adosada a la pared una pequeña caja de madera. Se sentó en un sillón y luego de abrirla sacó unas pocas hojas de papel que el tiempo había vuelto amarillas y frágiles. Sin necesidad de anteojos, hojeando las páginas gastadas, con un gesto maquinal, repetido miles de veces, comenzó a leer:

19 de abril de 2004

Me llamo Evaristo José López Mendes y tengo casi sesenta y cuatro años. Soy el hombre más rico y uno de los más poderosos del país. Poseo una corporación naviera, una petrolera, una gran empresa metalúrgica, fábricas en los cinco continentes, bodegas de vino, cinematógrafos, además de varios miles de hectáreas en lo mejor de la pampa húmeda.

Todo eso es mío, exclusivamente mío. No tengo herederos. Mi mujer murió hace más de diez años en un accidente automovilístico y no tuve hijos. Fui hijo único y mis únicos parientes son dos primas lejanas, mayores que yo.

¡Para qué quiero mi fortuna! No me sirve para solucionar lo que me pasa.

Todo comenzó ocho años atrás. Recuerdo ese día en sus menores detalles. Cuando entré en mi despacho mi secretario me alcanzó unos cheques diciendo que el banco, uno de mis bancos, los había rechazado porque no coincidía la firma con la que tenían registrada.

Los miré y me pareció que era la de siempre, pero al examinarlos con mayor atención noté algo diferente. La letra era más pequeña y no tan redonda, habían aparecido ángulos, casi imperceptibles, donde antes no los había, la orientación era un poco más vertical.

Cuando le pregunté si era posible que alguien pudiera estar falsificando cheques con mi firma me contestó que era imposible: esos cheques los había hecho él y estuvo presente cuando los firmé. Le parecía que mi letra había cambiado.

En ese momento no le di importancia al episodio y le pedí que recibiera los cheques. Pero cuando los trajo y los volví a firmar, me preocupé. Ahora mi firma era todavía más diferente. La letra era más pequeña y se había acentuado la inclinación.

Comencé a firmar en hojas de papel en blanco: con lapiceras, bolígrafos, hasta con lápiz. Pero fue inútil, por más que me esforzara no podía reproducir mi firma original. Siempre la misma letra pequeña y angulosa y en las últimas firmas, desapareja.

Le pedí a mi secretario que llamara al médico de la empresa. Cuando llegó y le conté lo que me pasaba me preguntó si estaba tomando alguna medicación diferente de las que me había indicado para mi hipertensión, o si estaba consumiendo más alcohol o alguna otra bebida. Después de mi respuesta negativa me examinó. Cuando terminó me dijo que no encontraba nada que lo preocupara. Solamente le llamaba la atención un levísimo temblor de mi mano derecha cuando la tenía extendida. Por eso recomendaba una consulta con un neurólogo. Pedí una cita con el me dijo que era el mejor y esa misma tarde, cuando fui a su consultorio, conocí al hombre que habría de marcar mi destino. Su nombre es Jorge Sotelo. Era muy joven, no representaba tener más de treinta años. Después supe que tenía treinta y dos. Me examinó durante más de una hora. Cuando terminó me dijo que estaba en la etapa inicial de la enfermedad de Parkinson. Si quería podía consultar con otros especialistas, pero mis síntomas eran tan claros que dudaba que se pudiera hacer otro diagnóstico. También me dijo que afortunadamente la enfermedad recién comenzaba, de modo que confiaba que iba a poder controlar fácilmente su evolución.

Cuando oí la palabra Parkinson se me humedecieron los ojos. Mi madre lo había padecido y conocía sus consecuencias.

Cuando se percató de mi emoción, para tranquilizarme dijo que no me preocupara, porque si bien mi enfermedad no era curable, los síntomas sí eran controlables con nuevos medicamentos que hacían maravillas, sin ningún efecto indeseable, y me propuso comenzar con el tratamiento de inmediato.

Asentí, pero para estar más seguro, antes de comenzar a tomar las pastillas que me había indicado consulté a otros dos neurólogos, que confirmaron el diagnóstico.

Durante casi un año solamente recordaba que estaba enfermo las tres veces por día que debía tomar la medicación. Recuperé mi letra normal y ya no aparecieron cheques devueltos.

Pero una mañana tuve dificultad para afeitarme. No podía mantener firme la máquina de afeitar contra mi rostro de tanto que temblaba mi mano derecha. Tuve que usar la izquierda, pese a no ser zurdo. Alarmado, llamé al neurólogo.

Vino de inmediato. Después de examinarme dijo que no me preocupara, lo que me pasaba era habitual y se corregía fácilmente aumentando la dosis de los medicamentos.

Infortunadamente no fue así. Los síntomas fueron en aumento. Comenzaron a temblar mis dos manos, tanto que no podía usar cubiertos para comer, o beber de un vaso o de una taza sin que el líquido se derramara. Mi andar se hizo cada vez más dificultoso, arrastraba los pies, y mi cara perdió expresividad.

Fui a París, donde en ese momento estaba el centro mundial más avanzado para el estudio de mi enfermedad. Me incorporé a un grupo de pacientes que estaba probando un nuevo medicamento que según ellos hacía maravillas, pero no tuve mejoría. Por último, me propusieron una operación en el cerebro que había dado resultados promisorios en algunos pacientes, pero cuando supe de las complicaciones, me negué. Regresé a mi país, y a mi casa, para ser atendido por Jorge Sotelo.

Pasaba la mayor parte del tiempo en cama. Seguía manejando mis empresas igual que antes porque no había disminuido mi capacidad intelectual. Había hecho instalar una computadora personal para poder usarla en la cama y desde allí controlaba todo. Mi secretario venía todos los días, me informaba de las novedades y yo daba mis instrucciones. Salvo yo, nada había cambiado.

El estar tantas horas solo me hizo leer mucho más que antes y pasar muchas horas conectado con la Internet. Por supuesto que todos los días buscaba información sobre mi enfermedad.

Así fue como me enteré de que era la consecuencia de la muerte de unas neuronas de color negro, porque contienen neuromelanina, un pigmento idéntico

al de la piel, que están ubicadas en lo que se llama la sustancia negra del cerebro. También supe que en la mayoría de los pacientes se desconocía la causa de la muerte de esas neuronas negras y que mi caso era de los que se llamaban de evolución rápida y resistente al tratamiento. No podía aceptar que mi destino fuera pasar el resto de mis días en la cama. Me parecía que me faltaba mucho por vivir.

Un día leí en la Internet una noticia titulada: «Nueva esperanza para la enfermedad de Parkinson». Así me enteré de que un grupo de científicos había implantado células nerviosas de fetos humanos en la zona dañada del cerebro de pacientes con mi enfermedad. En algunos casos habían tenido éxito, con una mejoría notable. Recuerdo con todas sus palabras la frase del director del proyecto:

«Este es un gran avance para la ciencia. Cuando se disponga de neuronas cultivadas, obtenidas de embriones humanos, la curación de la enfermedad de Parkinson y quizás la de otras enfermedades cerebrales, como la de Alzheimer, será posible».

Dos días después, en la visita semanal que me hacía el neurólogo, le pregunté acerca del valor de esos estudios y por qué no me había hablado de ese tratamiento. Me contestó que, por supuesto, estaba al tanto, no solamente de lo que yo me había enterado, también de los experimentos hechos previamente en animales y que habían permitido llegar a ese ensayo en humanos. Pero agregó que la noticia era incompleta, que no relataba todo lo que había sucedido. Él había leído el trabajo original, publicado seis meses atrás. Me relató que se habían tratado seis pacientes; si bien al principio todos mejoraron, al tiempo solamente uno estaba bien y los cinco restantes volvieron a estar igual o peor que antes. No se sabía si la cantidad de células que se inoculó fue escasa, pero él pensaba que lo más probable era que después de un tiempo las neuronas murieron. Terminó diciendo que todavía faltaba mucho para que se pudiera hablar de éxito.

Cuando le pregunté por qué pensaba que se habían muerto las células implantadas me dijo que no se sabía, pero era probable que les hubiera pasado lo que ocurría en los trasplantes de otros órganos, en los que es el mismo paciente quien los rechaza porque son de otra persona. Pero que si se hubieran empleado células nerviosas idénticas a las del paciente seguramente sobrevivirían. Pero

eso era ciencia ficción, por lo menos por ahora. Faltaba mucho tiempo para que eso fuera posible.

Le pedí que me explicara por qué decía eso, que faltaba mucho tiempo.

Me contestó que todavía el mundo no estaba preparado, aunque técnicamente era factible, porque ya había sido hecho en ratoncitos, pero con los humanos era diferente, no lo iban a permitir.

Como no entendí muy bien el porqué de la prohibición me explicó que para ese tratamiento era necesario hacer un clon con una de mis células, igual a lo que se había hecho dos años atrás en Escocia con una oveja, que había causado tanto revuelo periodístico en el mundo. El logro científico fue extraordinario, pero el problema era que el hacer eso con los humanos estaba prohibido. Además, aunque se hiciera el clon, lo peor de todo era que para poder obtener del cerebro las células que yo necesitaba había que implantarlo en el útero de una madre sustituta y extraer el feto cuando estuviera alrededor del sexto o séptimo mes de embarazo. Eso, más que un aborto, era un homicidio. Agregó que todavía había que esperar que se desarrollara una tecnología para poder hacer clones en tubos de ensayo, separar las células que en un futuro serán las neuronas, multiplicarlas en frascos y después inyectarlas. Si bien eso era factible, y ya había investigadores que lo estaban desarrollando, iba a llevar mucho tiempo hasta que se transformara en una cura de la enfermedad.

Con esa respuesta sentí que mi tiempo se acababa, que iba a estar muerto cuando hubiera disponible algo así. Entonces fue cuando le pregunté si en el país había gente capacitada para hacer clones humanos.

Me contestó que sí, ese mismo año se había conseguido clonar terneras. Los investigadores que lo habían hecho también podían clonar humanos porque la técnica era la misma.

Entonces le propuse que él dirigiera a ese grupo de científicos para que hicieran mi clon.

Al principio rechazó mi propuesta, pero cuando le ofrecí pagar diez millones de dólares de honorarios empalideció, con una expresión de angustia en su cara se sentó en el borde de mi cama, con la mirada baja, sin decir una palabra. Cuando el silencio ya era molesto levantó su cabeza y con ojos húmedos me contestó que todo hombre tenía su precio, que por ese dinero lo iba a intentar. Quería cumplir el sueño de su vida: construir un instituto de neurología para

niños sin recursos económicos. Me advirtió que hacerlo iba a demandar otros diez millones, quizás más.

Le contesté que el costo no era importante. ¿Para qué serviría mi fortuna si no podía darme una cura? Ese día ordené abrir una cuenta a su nombre por diez millones de dólares y otra para los gastos, sin límites.

De pronto sentí que mi situación no era tan desesperante, que quizás podría curar mi enfermedad.

Unos meses más tarde un neurocirujano implantaba en mi cerebro las células que tanto necesitaba. Pocos días después de haberlas recibido el temblor de mis manos disminuyó. Así comenzó la mejoría. Al mes caminaba sin dificultad, y tres meses más tarde era un hombre sano. El neurólogo venía a visitarme todos los días. Estaba fascinado con mi curación. Cuando le dije que creía que sus visitas diarias no eran necesarias, ya que sentía que era el mismo de antes, se negó. Me contestó que lo mío era tan nuevo que como médico tenía la obligación de controlarme todos los días, por lo menos durante el primer año después del tratamiento. Lo dejé hacer. Se había creado entre nosotros un afecto que iba más allá de la relación de un paciente con su médico. Al año se mudó a mi casa. De no ser por las mañanas, en las que atendía a sus pacientes, pasaba la mayor parte su tiempo en mi casa. Yo sentía que mi persona, o mejor dicho mi caso clínico, se había transformado en una obsesión y en el motivo de su existencia. Pero eso me unía todavía más afectivamente con él.

Cuando escribo que había vuelto a ser el mismo de antes no me ajusto del todo a la verdad. Eso fue el primer año, pero después comencé a dormir muchas horas por día. Antes de enfermar seis o siete horas diarias de sueño me eran suficientes, pero en esa época dormía entre diez y doce horas. Tenía tanto sueño que me hice hacer un dormitorio completo junto a mi despacho en la sede de mis empresas, donde hacía una siesta de dos o tres horas después de almorzar. Además de eso, durante un par de meses apareció un deseo compulsivo de tomar leche cruda, tanto que constituyó casi mi único alimento durante ese tiempo. Salvo en la cena, cuando consumía algo sólido, tomaba durante el día litros de leche. Cuando le pregunté a mi médico que significaba el tanto dormir y que tomara tanta leche me contestó que no sabía, pero suponía que el exceso de sueño era una compensación a los días sin dormir de cuando estuve enfermo y que la afición a la leche podía ser un signo de vejez, ya que es sabido que con el correr de los años se vuelve a los gustos de la

infancia. Para esa época, por suerte muy pocas veces, algunas mañanas desperté mojado, me había orinado durante el sueño.

Mi médico decía que todo ese cambio se debía a la adaptación de las células que me había puesto y que se iba a pasar. Así fue, dos meses más tarde dormía solamente de noche y no más de ocho horas. Los despertares eran maravillosos. Habían desaparecido los dolores de espalda, cuello y cintura que me habían molestado todas las mañanas desde hacía más de veinte años. Sentía un hambre increíble y mis desayunos eran abundantes, pero poco convencionales. El neurólogo se reía cuando me veía consumir galletitas dulces y chocolates, además de las tostadas con manteca, huevos revueltos y medialunas, acompañados de un gran tazón de leche con chocolate muy dulce.

Mi vida había vuelto a la normalidad. Manejaba mis negocios como antes. Mis colaboradores estaban asombrados, no solo de mi recuperación, también de mi mayor eficiencia. Eso me permitía pasar cada vez más tiempo en mi casa. Me había hecho adicto a la televisión. Veía de todo: programas educativos, infantiles, telenovelas. Cuando le pregunté al neurólogo el por qué de esa afición, me respondió que podía ser un regreso a los gustos de la infancia, pero a él también le gustaban los mismos programas que yo veía.

Ese período duró poco. De pronto dejé de mirar televisión y de comer dulces. Ahora engullía grandes cantidades de hamburguesas y patatas fritas. Además, sentía necesidad de moverme, de correr y de practicar deportes. Volví a jugar al tenis e intentaba trotar lo más que podía. Por las noches estaba exhausto, pero cuando despertaba por la mañana la sensación de bienestar y plenitud que sentía me hacía amar la vida. De a poco fui abandonando mis negocios, que por otra parte me interesaban cada vez menos. Apenas pasaba por mi empresa un par de horas diarias y dejaba todas las decisiones en manos de mis colaboradores.

Me daba cuenta de que la mayor parte del tiempo no era el de antes, pero no me importaba. Me sentía muy bien. Solamente algunas noches, antes de dormir, añoraba mi vida antes de enfermarme. En esos momentos no me gustaba la persona en que me había convertido la mayor parte del día. Notaba que algo raro me estaba pasando, pero no podía definirlo.

Un episodio permitió aclararlo. Una mañana, estando bajo la ducha, tuve una erección al enjabonar mis genitales. No me pasaba algo así desde que

enfermé. Comencé a masturbarme. De pronto entró mi médico y en cuanto lo vi le dije con tono de culpa, llamándolo papá, que no lo iba a volver a hacer.

Me miró sorprendido y me dijo que teníamos que hablar.

Cuando terminamos de desayunar me dijo que no estaba seguro, pero le parecía que las neuronas que me habían injertado estaban creciendo más de lo esperado. Me preocupé y le pregunté si tenía un tumor. Me tranquilizó y dijo que sospechaba que las células que había implantado se estaban multiplicando y estaban reemplazando al cerebro viejo, o quizá estableciendo nuevas conexiones. No estaba seguro, pero para saberlo había que hacer estudios muy sofisticados y quizás una biopsia del cerebro. Me propuso tomarnos un par de meses de vacaciones y viajar a Europa para hacer todos los exámenes.

Estuvimos en París, Berlín, Ámsterdam y Estocolmo. En cada uno de esos lugares me examinaron con aparatos diferentes, algunos de ellos recién estaban en la etapa de prueba; en el regreso pasamos por Nueva York, donde me hicieron una biopsia del cerebro.

Al día siguiente de llegar le pregunté si de todos esos estudios había podido sacar alguna conclusión. Me contestó que sí, que sabía lo que estaba pasando. Me explicó que no solamente habían inyectado en mi cerebro las neuronas especializadas que eran necesarias para curar mi enfermedad. Como no había manera de separarlas había recibido otras con diferente función y se habían reproducido. Ahora mi cerebro era más grande. Pero ese aumento no era parejo. Se había hecho en las zonas encargadas del pensamiento abstracto. La biopsia mostraba que allí tenía el doble de células.

Cuando le pregunté qué significaba eso, el tener más células, me contestó que no estaba muy seguro, pero que pensaba que convivían en mí dos cerebros: uno viejo, y otro que estaba creciendo. En realidad, no estaba creciendo porque las células ya no se reproducían más. Ahora estaban aprendiendo. Él creía que para algunas cosas usaban la información del cerebro viejo, porque no tuve que aprender a leer. Lo que no podía predecir era cuanta más información iba a obtener de lo antiguo, o cuanta tendría que adquirir.

No lo podía creer. Me estaba está diciendo que dentro de mí había un niño que estaba creciendo. ¿Qué iba a pasar cuando ese niño madurara? Yo iba a ser reemplazado por un joven, un joven en un cuerpo viejo, y que no sería yo,

Evaristo. Le dije que para eso hubiera sido mejor hacer nacer mi clon, en vez de matarlo, así seríamos dos personas en dos cuerpos.

Desde ese día, al tomar conciencia de lo que pasaba, comencé a darme cuenta de que yo, Evaristo José López Mendes, existía cada vez menos. Apenas unas pocas horas por día. Por eso comencé este relato, con la esperanza de que alguien lo lea cuando yo ya no sea yo, que se sepa que alguna vez existí, que el nuevo Evaristo es otra persona.

Cuando terminó de leer, entre sollozos, dijo:

—Dios mío, parece mentira que hace casi noventa años que lo conocí. ¡Qué feliz fui! No sé para qué vuelvo a leer la historia de mi pobre Pepe. Debe ser porque al releerla se me hace más fácil recordar y entender lo que pasó. Quizá si la hubiera sabido cuando estaba vivo las cosas pudieron haber sido diferentes. Pero cuando me enteré ya no se podía dar marcha atrás. De cualquier modo, eso poco importa, ahora mi única preocupación es morir, y lo antes posible. Es casi obsceno el haber vivido tantos años. Dentro de un mes cumpliré ciento veinte. Solo los que me han cuidado y vigilado los últimos treinta años y sus jefes saben que estoy viva. El resto del mundo cree que morí hace mucho tiempo. Sé que me mantienen viva y cuidada porque puedo ser el sobreviviente más viejo de un experimento que comenzó hace ya mucho tiempo; quieren saber cuál es el resultado final y si todavía queda algún secreto no revelado.



Día 1

A lo lejos se veían las montañas con las cumbres cubiertas de nieve y el verde profundo de las quietas aguas del lago. El silencio era absoluto, solamente interrumpido por la caída en el agua de un pez que había saltado para atrapar insectos. Pese al frío se percibía en el aire el fin del invierno, con ese olor indefinible de los brotes que comienzan a crecer y de la hierba recién veteada de verde. Con los últimos rayos de sol del atardecer lo único humano visible en el borde del lago era una tumbona de la que se desprendía una mano jugando con los guijarros de la playa. Unos pocos metros atrás, en el límite entre la playa y el tupido bosque de coihues, estaba parado un hombre joven, corpulento, con el pelo muy corto. Después de mirar el reloj que llevaba en su muñeca se aproximó lentamente hacia la tumbona y dijo con un tono áspero, que era casi una orden:

—Es hora de volver. Dentro de poco será de noche.

La persona que estaba recostada en la tumbona, una mujer envuelta en una manta roja que dejaba apenas ver una cabellera de cortos rizos blancos, giró su cabeza y lo miró. Los ojos, intensamente azules, tenían una mirada joven y despierta que no condecía con el rostro de una mujer muy vieja, con innumerables arrugas.

—¿Puedo quedarme un poco más? —preguntó.

—Usted sabe muy bien cuáles son las órdenes. Solamente puede estar fuera de la casa una hora por la mañana y dos por la tarde.

Se incorporó con una agilidad que no estaba de acuerdo con la edad, un cuerpo pequeño, de brazos y piernas muy delgadas, vestida con una falda azul de tela gruesa y una chaqueta de lana. Se

envolvió con la mata y comenzó a caminar hasta llegar al bosque de coihues. Luego de recoger la tumbona el hombre la siguió y entraron un sendero estrecho, apenas visible por la oscuridad que se hacía cada vez más intensa. Luego de recorrer trescientos metros llegaron a un claro donde macizos de lupinos que ya habían comenzado a abrir sus flores azules bordeaban una casa grande, de dos plantas, con techo de tejas rojas de pendiente muy pronunciada para soportar las nevadas del invierno. Las ventanas, todas con rejas, estaban iluminadas. En el frente de la casa, de pie en el vano de una puerta abierta estaba una mujer vestida con un guardapolvo gris. Corpulenta, aparentaba tener no más de veinticinco años. No era bonita, pero tampoco fea: de piel muy blanca, los ojos eran grandes y oscuros y la nariz corta y ancha hacía juego con una boca con labios gruesos. Un bozo apenas visible le daba un leve aspecto hombruno, que se acentuaba por los hombros más anchos que las caderas. El cabello negro y lustroso se aplastaba tenso sobre el cráneo para terminar hacia atrás en un rodete. La mirada era dura y se endureció todavía más cuando con voz de enojo dijo cuando estuvieron cerca:

—Por fin llegaron. Estaba preocupada. Ya es casi noche cerrada. La señora debe regresar por lo menos una hora antes de la puesta de sol.

—Elcira, no hace una semana que estás aquí y ya quieres dar órdenes. Estuvimos el tiempo reglamentario. Ahora es toda tuya —contestó con tono irónico a la vez que entraban en un salón apenas amueblado con unos pocos sillones tapizados en cuero dispersos al azar y muy iluminado por una lámpara de hierro con muchos brazos que colgaba del techo.

La temperatura era agradable gracias al calor que se desprendía de los leños encendidos en un hogar ubicado en una de las esquinas. La anciana, sin decir una palabra, se dirigió hacia una escalera de peldaños de madera que subía al piso alto. Cuando llegó al primer escalón la joven preguntó, ahora con un tono de voz más amable:

—¿Qué quiere cenar?

—Nada, dentro de una hora sube a la habitación un té con leche.

—Si sigue comiendo tan poco se va a morir.

Con un suspiro, la miró con una sonrisa y dijo:

—A mi edad el morir es una bendición. Pero no te preocupes, no voy a morir de hambre. ¿Cuánto alimento piensas que necesita este cuerpo viejo que el único ejercicio que hace es caminar dos veces por día hasta el lago y volver?

Subió lentamente la escalera. Una vez que llegó al piso superior entró en un cuarto pequeño, con piso y techo de tablo- nes anchos de madera. Junto a una única ventana sin cortinas, desde la que se vislumbraba el bosque y las montañas ilumina- dos por la luz azulada de la luna, había un sillón de respaldo alto con almohadones tapizados con terciopelo castaño gasta- dos y hundidos por el uso. Contra una de las paredes se apoyaba una cama de bronce y una pequeña mesa junto la cabecera. En el centro de la habitación había una mesa de madera con dos sillas Thonet con asiento de esterilla y en la pared opues- ta, junto a una puerta entreabierta desde la que se veía el baño, un pequeño armario. La pared restante estaba cubierta desde el piso hasta el techo por una biblioteca con estantes repletos de libros, salvo uno ocupado con un equipo de música y una caja de madera.

Las paredes, de un blanco agrisado por la falta de pintura, esta- ban desnudas, sin ningún cuadro o fotografía. La iluminación pro- venía de dos lámparas, una sobre la mesa junto a la cama y otra, de pie, detrás del sillón. Junto al techo, en dos de los rincones, había pequeñas cámaras de televisión.

En ese momento se oyeron dos suaves golpes en la puerta. La mujer que la había recibido entró portando una bandeja con una tetera, una lechera, una taza y un plato con sándwiches.

—Le traje algo para comer —dijo con voz amable mientras depositaba la bandeja sobre la mesa.

—Gracias. Quizás más tarde —respondió y, de pronto, mirándola a los ojos, le dijo—: Elcira, tú recién llegas. ¿Sabes quién soy, por qué estoy acá y por qué esos dos hombres me siguen a todos lados?

—Claro que lo sé. Usted es Melissa López Mendes. La mujer que nos hizo un gran daño. Por eso está acá y dé gracias a Dios de que todavía está viva. Lo que no sé es por qué está en esta casa y en este lugar tan hermoso en vez de en una cárcel común.

—¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco?

—Veinticuatro.

—No habías nacido cuando me trajeron a esta casa. ¿Cómo puedes saber qué pasó?

—Cuando comencé a trabajar mi jefe me lo dijo.

—No estés tan segura. Todo depende de quién sea el que cuente la historia. ¿No quieres escuchar mi versión?

Elcira respondió con un encogimiento de hombros, como expresando que la historia de Melissa la tenía sin cuidado.

—No te vas a arrepentir. Mi historia te va a distraer un poco de las horas que pasas sin hacer nada. Te aseguro que no te vas a aburrir cuando te cuente lo que pasó en mi vida hasta el momento que me recluyeron en esta casa. Ahora es muy tarde y si quieres mañana por la tarde seguiremos hablando.

—¿No va a comer nada? —preguntó Elcira con tono de preocupación.

—No, no tengo apetito, quizás cuando me despierte coma algo.

—Pero el té va a estar frío

—No importa, lo tomaré igual.

Cuando la anciana quedó sola, se desvistió, se puso un camisón, se metió en la cama y, casi de inmediato, se durmió profundamente.